

MARK TWAIN

JUANA DE ARCO



La asombrosa aventura
de la Doncella de Orleans

Juana de Arco es un relato realista, vigoroso, magnífico y evocador, que nos transporta al dramático contexto de la Guerra de los Cien Años, con la Europa cristiana en llamas y Francia en peligro de perder su territorio. La acción gira en torno de la figura sublime, insigne y valerosa de Juana de Arco, una jovencísima doncella de Orleans que, al oír la llamada de unas voces, se siente llamada por Dios, y pretende nada menos que solventar el conflicto participando directamente en la batalla.

A través de estas emocionantes páginas se suceden, una tras otra, escenas de heroísmo, unidas a la figura leal de Louis de Conte, escudero de Juana y compañero de sus triunfos en el campo de batalla, al que el genio narrativo de Twain hace presunto autor de esta grandiosa historia, que podría figurar entre las más increíbles leyendas de caballería, incluido el trágico final de la Doncella de Orleans, quemada viva en la hoguera.

PRESENTACIÓN

«Estoy ahora plenamente convencido de que *Juana de Arco*, el último de mis libros, es el que he logrado plenamente». Esta afirmación tan rotunda del autor, causará seguramente sorpresa en muchos lectores que le conocen a través de esas dos joyas de la literatura americana: *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckelberry Finn*, este último más conseguido aún que el primero.

En efecto, llama la atención que a MARK TWAIN se le ocurriera escribir una biografía de JUANA DE ARCO. Sin embargo, ahí están esas palabras suyas, que colocan a este libro por encima de todos los demás. El autor emprendió esta tarea con una atenta dedicación a ella: observó sobre el terreno el ambiente en que se había desarrollado la vida de la heroína francesa, estudió cuidadosamente los documentos, tan abundantes, del Proceso de Condenación y del Proceso de Rehabilitación de la Santa, escudriñó todo lo que, incluso en épocas lejanas, se había escrito acerca de ella. Mucho debió de atraer a Mark Twain la gesta de Juana de Arco, cuando tanto empeño puso en dibujar la personalidad de esa heroína, hoy llevada a los altares. Y lo hizo con el máximo acierto. Muchos escritores han acometido la empresa de describir la asombrosa aventura de la Doncella de Orleáns; siendo sus escritos excelentes, ninguno supera al de Mark Twain.

Incluso de manera que parece claramente espontánea, su estilo narrativo, en esta obra, nos lleva a la época en que tuvieron lugar los acontecimientos que en ella se narran,

empleando un inglés de corte clásico, diferente del lenguaje coloquial que utiliza en sus demás obras y que fue una de sus aportaciones más notables a la literatura americana. Esto no facilita, por cierto, su versión a otro idioma, pero es éste un reto con el que nuestro traductor se ha enfrentado decididamente, saliendo victorioso.

Recuerdos personales sobre Juana de Arco —*Personal Recollections of Joan of Arc*— es el último título que Mark Twain eligió para este libro y, además, lo firmó con un seudónimo diferente del que habitualmente utilizaba: Jean François Alden. Para desarrollar el relato, acude al artificio literario de hacer que el fiel escudero de Juana, Louis de Conte, sea quien nos cuente toda la historia, de la que es cierto que fue un espectador —e incluso en no pocos sucesos protagonista— de excepción, con lo cual los acontecimientos adquieren una inmediatez emocionante, permitiéndonos acercarnos a la protagonista hasta en los más delicados matices de su personalidad, que nos capta, que nos «obliga» a identificarnos con ella y a participar de su ingenuidad infantil en su pueblo natal, Domrémy; de su firmeza en la decisión de llegar ante el Rey; del magnetismo que ejercía en aquellas tropas, compuestas de elementos indeseables, brutales, asesinos, incluidos algunos de sus jefes supremos. Nos quedamos perplejos ante su inverosímil destreza para montar a caballo —sin haberlo nunca hecho anteriormente—, para llevar la armadura, para manejar la espada —aunque jamás dio muerte a nadie con ella—, en el centro del más terrible fragor de una batalla.

Admiramos su serenidad natural, cuando se mueve con todo aplomo entre personalidades del más alto rango social, cuando consigue que el «Delfín» —como ella le llamaba, pues se negó a llamarle rey mientras no estuvo coronado— viaje a Reims para ser consagrado y convertirse en Carlos VH de Francia. Y esa admiración sube al máximo, cuando la vemos ante aquel Tribunal irregular y sectario, que durante días y días la somete a interrogatorios agota-

dores y sembrados de lazos y celadas, intentando hacerle pronunciar palabras que permitirían fundar la acusación de hereje; intentos vanos, pues la combinación del característico sentido común y de la sencillez de Juana, a sus diecisiete años, y de la inspiración divina destrozaba todas esas trampas, a veces con respuestas sublimes. Y por último su ignominiosa condena y su terrorífica muerte en la hoguera.

Esta es la historia, que más bien parece una leyenda de caballería, en la que una chiquilla campesina de diecisiete años, sin ninguna formación, que ni siquiera sabe leer ni escribir —a duras penas tuvo que aprender a escribir su nombre—, es nombrada Comandante en Jefe de todos los Ejércitos para que acabe, al frente de ellos, con la Guerra de los Cien Años, arrinconando a los invasores ingleses y consiguiendo que al poco tiempo fuesen totalmente expulsados de Francia. Esta fabulosa historia nos hace saborear el impecable y ameno estilo de Mark Twain, cuya vida, si no tuvo carácter de epopeya, si transcurrió cuajada de avatares.

Nacido en Florida, una pequeña ciudad del estado de Misuri, en 1835, quedó sin padre cuando sólo tenía doce años. A partir de ese momento, Samuel Laghorne Clemens, como se llamaba, tiene que lanzarse al mundo, desempeñando los más diversos y hasta pintorescos trabajos, desde buscador de oro, hasta piloto de un barco de los que navegaban por el Misisipí. Precisamente a orillas de este gran río fue cuando se le ocurrió el seudónimo con el que iba a ser mundialmente conocido, al oír la voz de un sondeador que, en el lenguaje de su profesión, gritaba: «*mark twain!*»—«¡marca dos!», dos brazas.

Ya entonces había escrito mucho, colaborando como reportero en diversos periódicos e incluso dirigiendo uno en Virginia —y más tarde otro en Buffalo—, en el que empezó a utilizar su célebre seudónimo. Pero cuando verdaderamente cuajó su vocación de escritor fue a raíz de un viaje

que hizo a Hawai para dar unas conferencias. Desde ese momento su nombre se inscribe en la literatura universal.

Su humor fino y crítico, con leves matices pesimistas, conecta con el pueblo del que brota y al que se dirige; *Un yanki de Connecticut en la Corte del Rey Arturo*, puede codearse holgadamente con *Los papeles postumos del Club Pickwick* o con *El fantasma de Canterville*. Su fama ya es imparable, hasta llegar a recibir los doctorados de honor de las Universidades de Oxford, de Yale y de Misuri.

Falleció en su granja de Redding (Connecticut), en el año 1910.

PRIMERA PARTE

1

Estamos en el año de 1492. Tengo ochenta y dos de edad. Los episodios de los que voy a hablaros son hechos que yo mismo contemplé durante mi infancia y adolescencia. En las leyendas, romances y canciones dedicadas a Juana de Arco que todos vosotros y el resto de la gente leéis, recitáis y entonáis gracias a los libros estampados con el nuevo arte de imprimir, recientemente inventado, se hace repetida mención de mí, el caballero Luis de Conte. Yo fui su paje, asistente y secretario. Estuve con ella desde el principio hasta el final.

Me crié con ella, en el mismo pueblo. Jugábamos juntos a diario cuando éramos niños los dos, lo mismo que vosotros jugáis con vuestros compañeros. Ahora, cuando nos damos cuenta de lo grande que fue, ahora que su nombre es conocido en el mundo entero, puede resultar increíble que yo esté diciendo la verdad. Es como si un triste cirio, débil y de corta duración, al hablar del sol eterno y refulgente que recorre los cielos, dijera: «Él fue mi camarada y vecino cuando los dos éramos cirios».

Y, sin embargo, en mi caso, ésta es la verdad, tal como yo la digo. Fui su compañero de juegos y luché a su lado en la guerra. Hasta hoy conservo en mi memoria, bello y nítido, el retrato de aquella querida figurita, con el cuerpo inclinado sobre el cuello de su caballo, que volaba, cargando al frente de los ejércitos de Francia. Sus cabellos le flotaban sobre la espalda, su coraza de plata se adentraba cada vez más y más profunda y firmemente en el fragor de la batalla, perdiéndose algunas veces de vista entre las agitadas ca-

bezas de los caballos. Espadas levantadas, plumas flotando en el aire, sobresaliendo de los escudos protectores.

Permanecí siempre a su lado, hasta el final. Y cuando amaneció aquel negro día —cuya sombra acusadora caerá siempre sobre la memoria de los clérigos mitrados franceses, sometidos a Inglaterra, que fueron sus asesinos, y sobre Francia, que permaneció inactiva y no negoció el rescate, en todas estas circunstancias—, mi mano fue la última que ella tocó en vida.

Con el paso de los años y las décadas, cuando la imagen radiante de la maravillosa niña sobre el cielo de la guerra en Francia, primero, y el recuerdo de su muerte entre las nubes de humo de la pira, después, se perdió profundamente en el pasado, volviéndose tenue y delicado, divino y patético, entonces llegué a comprenderla y a reconocerla como lo que realmente fue: la vida más noble que haya nacido jamás, salvo Una.

2

Yo, el caballero Luis de Conte, nací en Neuf château, el 6 de enero de 1410. Es decir, dos años antes de que Juana de Arco naciese en Domrémy. Mi familia había huido a esos lugares lejanos, desde las cercanías de París, en los primeros años del siglo. En aquellos momentos eran Armagnacs... es decir, partidarios de nuestro propio Rey francés, a pesar de encontrarse loco e imposibilitado. El partido borgoñón, que era favorable a los ingleses, les había despojado de todos sus bienes, tarea consumada concienzudamente. Se llevaron todo, menos el título de pequeña nobleza que correspondía a mi padre. Cuando éste llegó a Neuf château, era pobre, y su espíritu estaba profundamente quebrantado. Sin embargo, el clima político de la región era el que le gustaba a él, y eso representaba mucho para su tranquilidad. Aquel era un lugar relativamente pacífico, a diferencia del que abandonó, poblado de furias y violencias, locos y endemoniados, donde el crimen era una diversión frecuente y nadie podía tener su vida asegurada ni un solo instante.

En París, el populacho rugía por las calles, toda la noche dedicado a saquear, incendiar y asesinar sin que nada les molestase en su empeño, sin que nadie les impidiese hacerlo. El sol se levantaba sobre edificios en ruinas humeantes, cadáveres mutilados que aparecían por todas partes en las calles, en la misma posición en que fueron abatidos. Eran despojados de sus ropas rápidamente por ladrones, profesionales del robo, que seguían a la muchedumbre destructora. Nadie se atrevía a retirar los muertos y darles

sepultura, al contrario, eran abandonados en descomposición, con riesgo de que propagaran terribles epidemias.

Y las plagas se producían. Provocaban gran mortandad entre las poblaciones, que desaparecían a millares, cuidando sus familiares que los funerales se llevaran a cabo durante la noche, pues no se permitían actos públicos por miedo a que la gravedad de la epidemia atemorizase a la gente y la llevara a la desesperación. En tales circunstancias, cayó sobre Francia uno de los inviernos más fríos que se recordaban en los últimos quinientos años. Trajo consigo hambre, peste, matanzas, hielo, nieve... París padeció todos estos desastres al mismo tiempo. Los muertos se amontonaban en las calles y hasta los lobos se atrevieron a entrar en la ciudad, a plena luz del día, devorando los cadáveres sin que nadie se lo impidiese.

Aquello era horrible... ¡Francia había caído bajo... tan bajo! Durante más de tres cuartos de siglo, las garras inglesas habían hecho presa en sus carnes y sus ejércitos estaban tan desmoralizados por las continuas retiradas y derrotas, que —según las habladurías confirmadas con la práctica— la sola vista del ejército inglés bastaba para poner a los franceses en fuga. Cuando yo tenía cinco años, el increíble desastre de las armas francesas en la batalla de Agincourt, se abatió sobre el país, dejándolo consternado. Aunque el rey inglés regresó a su tierra, a disfrutar la gloria del triunfo, dejó a Francia postrada y a merced de bandas de soldados mercenarios, licenciados del ejército, que habían servido al partido borgoñón. Una de estas bandas, en sus habituales incursiones, pasó una noche por nuestro castillo de Neuf château, incendiaron los techos de paja y madera, y a la luz del fuego pude ver cómo todos mis seres queridos (salvo mi hermano mayor que estaba en la corte del rey) eran asesinados mientras imploraban misericordia a sus verdugos. Escuché a los asesinos reírse de sus súplicas y parodiar sus gestos. A mí no me vieron y gracias a eso escapé sin daño. Cuando se marcharon aquellos asesinos,

abandoné mi escondrijo llorando inconsolable el resto de la noche, al mismo tiempo que contemplaba los restos de las casas que ardían. Me encontraba completamente solo, exceptuando la compañía de los muertos y heridos, ya que los demás vecinos habían huido y se habían ocultado.

Después de esto, fui enviado a Domrémy, a casa de un sacerdote amigo. Su ama de llaves se portó conmigo como una madre cariñosa. El sacerdote, pasado algún tiempo, me enseñó a leer y a escribir, de modo que él y yo acabamos por ser los únicos del pueblo que teníamos tales conocimientos. En la época en que la casa de aquel buen sacerdote, Guillermo Fronte, se convirtió en mi hogar, tenía yo seis años. Vivíamos al lado de la iglesia del pueblo; el pequeño jardín de los padres de Juana, daba a la parte de atrás del templo. La familia de nuestros vecinos estaba compuesta por Santiago de Arco, el padre, su esposa, Isabel Romée y tres hijos: Santiago, de diez años, Pedro, de ocho, y Juan, de siete. Las niñas eran dos: Juana, que tenía cuatro, y su hermana menor, con apenas un año.

Desde el primer momento, estos niños fueron mis compañeros de juegos. También tuve otros amigos, especialmente cuatro chicos: Pedro Morel, Esteban Roze, Noel Ranguesson y Edmundo Aubrey, cuyo padre era en aquel tiempo alcalde de Domrémy. También recuerdo a dos niñas, que tenían aproximadamente la misma edad de Juana y que eran sus preferidas: una se llamaba Haumette y la otra Pequeña Mengette. Las niñas eran hijas de modestos campesinos, lo mismo que la propia Juana. Cuando se hicieron mayores, contrajeron matrimonio con labradores corrientes, de humilde posición. Sin embargo, muchos años después, ningún forastero de paso, por muy importante que fuese, dejaba de presentar sus respetos a aquellas dos mujeres, que en su adolescencia habían sido honradas con la amistad de Juana de Arco.

Todos ellos eran excelentes personas, más o menos como la mayoría de los campesinos de entonces. No es que

fueran brillantes, por supuesto —tal cosa no podía esperarse—, pero sí tenían buenos sentimientos y eran agradables, obedientes a sus padres y al sacerdote.

Al hacerse mayores, asimilaron la acostumbrada dosis de prejuicios y pequeños egoísmos aprendidos de los adultos, y los incorporaban a su comportamiento habitual sin mayores inconvenientes, y también, por supuesto, sin darse mucha cuenta de lo que hacían. Habían heredado su religión y sus ideas políticas. Juan Huss y sus compañeros herejes podían encontrarle defectos a la Iglesia, pero en Dormrémy no perturbaban la fe de nadie. Cuando se produjo el cisma —yo tenía entonces catorce años— y coincidieron tres papas al mismo tiempo, ninguna persona del pueblo se preocupaba sobre cuál de ellos elegir: sólo era legítimo el Papa de Roma. Un Papa de cualquier otro lugar que no fuese Roma, no podía ser considerado plenamente Papa. Todos y cada uno de los habitantes del pueblo se consideraba un Armagnac, un patriota. Si nosotros, los chiquillos, odiábamos apasionadamente algo en el mundo, eso era a los ingleses y a los borgoñones, y nuestra actitud vital respondía a este sentimiento.

3

Nuestro Domrémy era como cualquiera otra aldea de aquellos tiempos lejanos en esa perdida región. Un laberinto de sendas torcidas y estrechas, de veredas sombrías, veladas por los aleros de los tejados hechos con ramas y sarmientos, parecidos a pajares. El interior de las casas estaba débilmente iluminado por ventanas con postigos de madera... es decir, unas aberturas en las paredes que hacían de ventanas. Los suelos eran de tierra y sobre ellos se veían escasos muebles. La cría de ovejas y la ganadería eran la principal fuente de riqueza. La gente joven trabajaba en guardar los rebaños.

El emplazamiento de la aldea era de notable belleza. A un extremo del pueblo se abría una hermosa llanura que descendía hasta el río Mosa, describiendo amplia curva. Al otro extremo, una cuesta ascendía en pendiente, rodeada de altas hierbas, hasta la altura que la remataba, donde se encontraba un denso bosque de robles. Aquel bosque, sombrío y apretado, ofrecía gran interés para nosotros, los niños, puesto que —según contaban— los bandidos habían cometido allí muchos crímenes en tiempos remotos. Pero, todavía más lejos, habitaban aquel bosque portentosos dragones que arrojaban fuego y vapores venenosos por sus narices. De hecho, todavía en nuestra época quedaba allí uno de ellos. Era tan grande como un árbol y tenía el cuerpo tan ancho como una cubeta de vino. Sus escamas semejaban enormes tejas superpuestas, unas sobre otras, y sus ojos, de color rojo vivo, parecían tan grandes como el sombrero de un caballero. Una especie de uña remataba la co-

la, como un ancla de considerable tamaño... no sé a qué compararla, pero era algo muy grande, extraordinariamente grande, incluso para un dragón, como explicaban todos los expertos en dragones.

Predominaba la creencia de que ese dragón era de color azul brillante con manchas doradas, pero la verdad es que nadie lo vio nunca. En consecuencia, no estábamos seguros de que ése fuera su color, era sólo una opinión. Yo no pensaba así. Considero poco razonable formarse una opinión cuando no hay suficientes pruebas que la fundamenten. Si hubiéramos de crear a una persona desprovista de huesos, podría resultar agradable de aspecto, pero sería blanda y no lograría mantenerse en pie. Del mismo modo, yo pienso que la *evidencia* es como el hueso de una opinión.

Pero volveré a hablar de este asunto con más calma en otro momento, e intentaré demostrar lo acertado de mi posición. Respecto al dragón, siempre defendí la creencia de que su color debía ser el oro, sin azul, ya que éste fue siempre el color de los dragones. En nuestro caso, que el dragón habitaba a corta distancia, en el interior del bosque, lo prueba el hecho de que Pedro Morel se encontraba un día en el lugar, percibió su olor y pudo reconocerlo por él. Eso nos proporcionaba la estremecedora idea de lo cerca que podemos tener el más mortal de los peligros, sin que lo sospechemos.

En los tiempos antiguos, al menos un centenar de caballeros habrían acudido allí, uno tras otro, con el propósito de matar al dragón y cobrar la recompensa. Pero esa costumbre había perdido vigencia por aquellos días y era el sacerdote el encargado de eliminar el peligro de los dragones. En este caso fue el padre Guillermo Fronte quien lo hizo. Organizó una procesión, con velas e incienso, acompañada de estandartes, y la llevó alrededor de los límites del bosque para exorcizar a la fiera. Desde entonces, no se volvió a hablar nunca del dragón, aunque, según decían algu-